

Una interesante iniciativa de Emilio Huguet del Villar

PEDRO PLANS

Universidad de Murcia

1. INTRODUCCION

Siempre me había extrañado la ausencia de noticias sobre cualquier intento por crear un centro destinado a investigaciones geográficas en la Junta para Ampliación de Estudios. Ciertamente no carecíamos de geógrafos: unos procedían de las Facultades de Ciencias, Sección Naturales (Eduardo y Francisco Hernández-Pacheco, Dantín Cereceda, Carandell, Gómez de Llarena); otros de las de Letras (Bullón, Melón y Ruiz de Gordejuela, Gavira); y varios, con muy estimable formación, enseñaban la disciplina en Institutos y Escuelas del Magisterio (Iguar, Santaló, Doport, Chico, Reverte...).

Sí se hizo un proyecto para organizar unos estudios universitarios de Geografía en Madrid que dió lugar a vivos debates en la Sociedad Geográfica (1933). Hacia el año 1945 oí rememorar estos afanes a don José M.^a Torroja Miret y a don Eduardo Hernández-Pacheco. Se trataba de coordinar enseñanzas dispersas en las Facultades de Ciencias y Letras, añadiéndoles algunas otras, y construir así un plan coherente.

Pero existió una iniciativa encaminada a establecer en la Junta un organismo de trabajo geográfico en fecha bastante más temprana de cuanto cabría pensar. Ya veremos que tuvo el carácter de gestión muy personal.

Hallé en cierta librería madrileña copia de una carta remitida por Emilio Huguet del Villar a su Presidente —entonces, mayo de 1915, lo era Ramón y Cajal—. Mecanografiada a doble espacio, ocupa algo más de tres hojas tamaño holandesa. Se encontraba entre las páginas de un ejemplar del folleto de Huguet *La definición y divisiones de la geografía dentro de su concepto unitario actual* (Barcelona, 1915). Tiene éste una dedicatoria, a pluma: «Al Exmo. Sr. D. Ignacio Bolívar, con el homenaje del Autor».

Debe presumirse que Huguet le envió a Bolívar con esa publicación, y para su conocimiento, la copia de la misiva dirigida a Cajal.

2. ALGO SOBRE LA PERSONALIDAD DE HUGUET DEL VILLAR

Emilio Huguet del Villar y Serratacó nació en Granollers (Barcelona) el 17 de agosto del 1871. Conocido como biogeógrafo y ecólogo fue también competente geógrafo físico, y uno de los fundadores de la ciencia del suelo en España.

Su juventud transcurre en Sudamérica, donde es nombrado profesor de Historia y Geografía (incluso de Geografía Americana). Desde su regreso a España (1900), y hasta 1913, simultaneó sus investigaciones históricas, geográficas y de ciencias naturales, referidas sobre todo a la Península, con el periodismo. En 1906 publica *Las repúblicas hispanoamericanas*, en dos tomos; colección «Manuales Soler», luego «Manuales Gallach» (Núms. 70 y 71). Y en 1908 una *Geografía General* en la misma serie (Núm. 79). También dentro de ella se le debe el libro *América Sajona* (Núm. 102), con fecha de 1910. En 1912 inició sus estudios sobre Geografía Física y Biogeografía de Gredos, descubriendo su glaciario cuaternario, fenómeno apenas conocido en España antes de aquel año. En 1914 da a la publicidad un conjunto de artículos que despiertan interés: *El factor geográfico y el gran problema de España* (Revista «Estudio», Núms. 16, 17, 18 y 19. Barcelona).

Posteriormente a 1914 abandonó del todo su labor periodística para consagrarse de manera exclusiva a la Biogeografía y parcelas afines del conocimiento. El estudio del glaciario de la citada sierra fue completado en una expedición con Hugo Obermaier y Juan Carandell (1914). Publica *Los glaciares de Gredos*, en el Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural (octubre del 1915). También investiga la Botánica de esa montaña describiendo quince especies nuevas. Por lo que se refiere a dicha ciencia, fue discípulo de Eduardo Reyes Prósper.

En el año en que escribe la carta (1915) divulga su teoría del «valor ecético», al publicar la conferencia pronunciada en el VIII Congreso Internacional de Expansión Comercial (Barcelona, 1914): *Un aspect du développement économique des pays ibéro-américains; le facteur géographique*.

Así, cuando dirigió su petición a la Junta era ya conocido en nuestros círculos científicos como geógrafo moderno; también por sectores del público culto debido a sus colaboraciones periodísticas. Pero no se hallaba vinculado a un organismo de trabajo: era verdadero francotirador de la ciencia, y tenido como tal en los ambientes intelectuales españoles.

Creada por él la teoría del «valor ecético», la aplica a nuestro país en su libro *El valor geográfico de España: Ensayo de Ecética* (Madrid, 1921). Intenta explicar con ella

ciertos caracteres considerados como predominantes dentro del desenvolvimiento histórico, cultura y economía de España, atribuyéndolos principalmente al influjo del factor geográfico. En 1916 aparece el *Archivo Geográfico de la Península Ibérica* (Barcelona), con prólogo fechado en junio del 1915, es decir, el mes posterior al envío de su carta y folleto al Presidente de la Junta.

Constante preocupación suya fue incorporar la moderna terminología científica al léxico castellano. Contribuyó a componer con Obermaier, Fernández Navarro y Eduardo Hernández-Pacheco un vocabulario glaciológico castellano (1915-1916), insertado en el Boletín de la Real Sociedad de Historia Natural de enero del 1916.

Introdujo en España los métodos de la Ecología de las plantas y de la Geobotánica, aplicando a nuestra cubierta vegetal los conceptos elaborados por Clements (sucesión, formación y climax). Lo hizo de forma señalada en un importante estudio: *Avance geobotánico sobre la pretendida Estepa Central de España*, en la Revista «Ibérica» (Tortosa, 1925), donde mostró que no podía concebirse la Meseta Castellana como una estepa, tal y como había afirmado H. M. Willkomm. Es decir, echó por tierra la célebre «teoría esteparia», secuela para Huguet de un falso concepto de la primitiva naturaleza hispana. Hizo ver que nuestras presuntas grandes estepas no lo son en realidad: constituyen etapas subseriales del primitivo monte destruido por el hombre. Argumentó como verdadero geógrafo: el término «estepa» procede de Rusia meridional, donde se aplica a formaciones herbáceas que cubren territorios con máximo pluviométrico estival. Resultaba, pues, anticientífico referirlo también a nuestras formaciones leñosas de regiones con mínimo de precipitación veraniego. Villar describió las etapas de la sucesión de las plantas en nuestra Meseta según la nomenclatura de Clements, afirmando que tal vez fuese más exacto hablar de modelos específicos de competencia, que de asociaciones.

Incorporó a nuestra Patria los métodos de la ciencia del suelo, adoptando para su denominación en español el término «Edafología», hoy plenamente consagrado por el uso (José María Albareda y su escuela). Regente de Fitogeografía en el Museo de Ciencias Naturales barcelonés (1923), concebía aquella en íntima relación con los estudios sobre suelos. Publica en 1929 su conocido y utilísimo manual de *Geobotánica* (Colección Labor, Núms 199-200, Barcelona).

En su calidad de miembro del Congreso Edafológico Internacional, fué elegido para organizar la sección española formada en 1925 como Comisión de Edafología y Geobotánica. No tuvo más remedio que referirse al lamentable estado de la ciencia del suelo entre nosotros: desconocida por muchos, apenas cultivada y carente de cualquier tipo de apoyo... Propuso que los españoles participaran en las actividades internacionales sobre tales cuestiones, en dos fases: primera el estudio en el extranjero; luego, la formación en el país de una verdadera especialidad. Supo percibir que mientras no hubiera en nuestra Patria un grupo de hombres bien preparados en centros extranjeros, y que se fueran renovando, no podríamos salir de una franca inferioridad. Concibió un programa que incluía realizar el mapa edafológico de España; y en Biogeografía el estudio de la ecología de las especies individuales, de la Biogeografía General, de la Sinecología o conocimiento de las asociaciones del paisaje vegetal hispánico, para finalizar con la síntesis de todo ello en la Geografía Botánica sinecológica de España.

Al fundarse el Instituto Nacional de Investigaciones y Experiencias Agrícolas y Forestales (1927) fue nombrado miembro, con el título y cargo de Especialista en

Geobotánica y Edafología. En el año 1928 vió la luz una segunda edición de la *Geografía General*, completamente reformada, según las últimas ideas del autor. Perteneció a numerosas corporaciones sabias. Era presidente de la Subcomisión Internacional de la Ciencia del Suelo; y miembro de Instituto Científico Xerifiano, de Rabat.

3. LA CARTA DE EMILIO HUGUET DEL VILLAR.

Es copia

Exmo. Sr. Presidente de la Junta de Investigaciones y Ampliación de Estudios.

Exmo. Sr.:

Al elevar a la Junta de Investigaciones mi adjunto trabajo sobre «La definición y divisiones de la Geografía dentro de su concepto unitario actual», desearía me permitiese acompañarlo de una súplica: la de que ese alto organismo de la vida intelectual española se dignase incluir la Geografía en el campo de su protección, y auxiliase el cultivo de esta hermosa ciencia (hoy perfectamente deslindada como en mi trabajo expongo) con alguna creación, que fuese respecto de ella, lo que los laboratorios de Ciencias Naturales y Físico-Químicas y el Centro de Estudios Históricos para las respectivas disciplinas.

Ninguna ciencia tan necesitada de esa protección. Las demás contaban siquiera con centros de enseñanza, aunque defectuosos, consagrados a la especialidad. En cambio el monopolio pedagógico de la Geografía se encuentra repartido entre diferentes cuerpos oficiales, en cuyos respectivos planes de estudio apenas se encuentra o falta en absoluto el gran bagaje científico que constituye (como en mi trabajo expongo) la propedéutica geográfica. Los españoles que han llegado a reunirlo, han tenido que hacerlo fuera de los planes oficiales de enseñanza: acudiendo a diversas facultades o escuelas para el estudio de las ciencias instrumentales de la Geografía que en ellas se encuentran repartidas, y adquiriendo en el extranjero o particularmente los conocimientos restantes. Pero esta cultura sólida así adquirida resulta de un valor nulo ante el convencionalismo legal. Para la Geografía la competencia oficial y la competencia real se encuentran en oposición abierta dentro de la enseñanza oficial española. Y así seguirá sucediendo hasta que se cree una escuela o facultad de Geografía seriamente organizada, o lo que sería preferible, hasta que el Estado interprete con suficiente amplitud la libertad constitucional de enseñar, aprender y trabajar.

No pretendo que pueda establecerse de golpe una escuela de Geografía por el estilo de la que propongo en mi adjunto trabajo: faltan por el momento en España los cuatro elementos necesarios; local, material, catedráticos y alumnos. Tampoco el problema de la enseñanza, con ser importantísimo y fundamental, es el único. Queda el del estudio, de la investigación. Es depresivo que sabios extranjeros tengan que venir un día tras otro a descubrir nuestro país y nosotros trabajemos tan débilmente en su exploración intensiva. Esto no creo que se deba a inferioridad del factor humano. Hay un grupo muy nutrido de españoles que con gusto consagraríamos nuestra vida a tal labor. La inferioridad científica de España es caso análogo al de su inferioridad industrial. La ciencia es como la industria, cuestión de capital y trabajo. Nuestra inferioridad proviene de la falta de capital; de medios de acción: y a esto mismo se debe que

aprendamos mal a trabajar. Un investigador español sale al campo poco menos que con las manos en los bolsillos. Un investigador alemán o norteamericano va cargado de buenos instrumentos ¿Qué de extraño que la labor del extranjero resulte más fecunda?

La provisión de medios para el trabajo científico es cosa que no puede abandonarse, y menos en país tan pobre como España, a las condiciones económicas de cada investigador; pues la experiencia muestra que la gran mayoría de nuestros hombres de estudio poseen escasa fortuna. Esta razón, que por sí sola justifica la nunca bien ponderada creación de laboratorios que ha hecho la Junta, es la que invoco al desear una creación análoga para la Geografía. Este laboratorio o centro de estudios geográficos podría constar de los siguientes elementos:

Biblioteca

Gráficos (mapas, dibujos, fotografías, etc...)

Colecciones

Instrumental (de laboratorio y de campo)

Sería poco respetuoso alargar esta exposición con detallados razonamientos sobre cada uno de estos cuatro capítulos. Permítaseme sin embargo tres únicas observaciones.

No hay en Madrid (y puedo probarlo concretamente) ninguna biblioteca pública ni de asociación privada, que ofrezca los elementos necesarios para una labor geográfica a la altura de la época; ni se encuentran suficientes elementos de este orden distribuidos entre las diferentes bibliotecas, incluidas las del Instituto Geográfico, de la Real Sociedad Geográfica, etc. Lo puedo demostrar con listas de publicaciones de interés mundial de primer orden (dentro de lo geográfico) que no se encuentran en ninguna. Aún publicaciones oficiales españolas (v.g. de Fomento) son a veces difíciles y aún imposibles (por inverosímil que parezca) de encontrar.

Segunda observación: dada la lentitud con que los presupuestos hacen marchar la publicación del mapa topográfico de España (que a tal paso ni nuestros biznietos verán terminado) y unidos a estos otros factores, el estado de la cartografía española es verdaderamente vergonzoso. De la mayoría del país lo mejor que puede presentarse son aún los mapas de Coello, contruídos hacia mediados del siglo pasado, y, aunque meritísimos entonces, plagados de errores y deficiencias. De algunas provincias, como Cáceres, ni mapa de Coello se encuentra. Pero ¿qué más, si hasta la hoja de Madrid del mapa itinerario del Depósito de la Guerra aparece con errores de tanto bulto, que uno de ellos se refiere al cerro de San Pedro, que es lo primero que atrae la vista del viajero al salir de la capital de España?. Un centro de estudios geográficos bien provisto de instrumental de campo permitiría a los cultivadores espontáneos de la Geografía contribuir eficazmente a enriquecer y modernizar nuestra cartografía, al par que a realizar otros estudios de nuestro medio geográfico: sondeo de lagunas, medida del caudal de los ríos, etc. El que haya organismos encargados de labores de esta índole dentro de las disposiciones oficiales, no es motivo para sustraerlas a la libre investigación; como no por existir un Instituto Geológico ha dejado de crear la Junta laboratorios de Geología. La medida de la actividad oficial es siempre menor que la del amor espontáneo a la investigación científica.

Por último: relacionada tan íntimamente la Geografía con otras ciencias, v. g. las naturales (pues de los fenómenos que estas estudian objetivamente la Geografía estu-

dia la localización) y las históricas, el laboratorio de Geografía podría ejercer un valioso intercambio de servicios con los de Ciencias Naturales y con el Centro de Estudios Históricos, en armónico beneficio de todos.

Me sentiría orgulloso de haber prestado un buen servicio a mi país y a la cultura, si estas líneas merecieran la atención de la Junta, a quien por intermedio de su Excelentísimo Señor Presidente,

Saluda con el más profundo respeto

Emilio H. de Villar

Madrid 20 de Mayo de 1915.

4. ALGUNOS COMENTARIOS.

Inicia Huguet su carta con un pequeño «lapsus»: habla de Junta «de Investigaciones y Ampliación de Estudios». No parece, pues, muy familiarizado su autor con el verdadero nombre de ese alto organismo científico.

Resultaría difícil discernir el alcance de esta iniciativa sin recordar lo que significó esa Junta en la vida nacional.

La burguesía liberal, decimonónica que siente los grandes problemas de la modernización y europeización de nuestra Patria encauza sus aspiraciones hacia tales metas a través de la Institución Libre de Enseñanza. Ella significó el intento más continuado y coherente por moldear nuestro país según los principios inspiradores de la cultura europea. Los institucionistas tenderán a lograr una penetración social e influir sobre el Estado. Así consiguieron con el paso del tiempo objetivos de gran resonancia: entre ellos que se creara la Junta. Instituída por R.D. de 11 de Enero del 1907, modificado por el de 22 de Enero del 1910, con las firmas, respectivamente, de los ministros de Instrucción Pública Amalio Jimeno Cabañas y Antonio Barroso y Castillo, surgía con tres finalidades primordiales: promover la comunicación intelectual con el extranjero, fomentar los trabajos de investigación y favorecer el desarrollo de instituciones educativas. En definitiva: la aproximación institucionistas-políticos oficiales llevó a crear la Junta. Nacida como organismo autónomo, su primer presidente fue Cajal, y estuvo administrada con buen pulso por un secretario general: José Castillejo y Duarte, Catedrático de Derecho Romano, y hombre preocupado por los problemas pedagógicos, que procuró orientar enseguida sus actividades hacia los fines antes indicados, en particular el régimen de pensiones al extranjero.

Al correr los años, la constitución, mantenimiento y desarrollo de los centros que se crearon alcanzaría importancia creciente. Su actividad pasó a ser la principal tarea de la Junta, con preferencia sobre las estancias fuera de España. Ello se refleja en la relación entre el presupuesto total y la cantidad a aquellas destinada. Esta sufre ostensibles variaciones; no obstante lo absorbido por los institutos tiende a incrementarse, y en menor proporción lo dedicado a pensiones.

El envío de jóvenes valores fuera, a establecimientos especializados, era, sin duda, la medida más eficaz y de mayor trascendencia que podía tomarse para abrir España al concierto científico europeo y dar a conocer a muchos estudiosos las conquistas de

la investigación contemporánea, en particular francesa, alemana e inglesa; también su espíritu, ambiente y estilo.

Pero sobrevino nuestra guerra civil. En sus violencias -primeramente en las acaecidas dentro de la propia zona gubernamental tras el levantamiento militar- y duras contradicciones internas quedaron aniquiladas, no sólo la Institución Libre de Enseñanza; también los diversos organismos científicos y educativos inspirados por sus hombres. Todo fué desbaratado y reducido prácticamente a la nada como productos inasimilables de la clase burguesa.

Entre los argumentos que Villar invoca en apoyo de su demanda aparece uno muy claro: esa creación podría ser respecto de la Geografía «lo que los Laboratorios de Ciencias Naturales y Físico-Químicas y el Centro de Estudios Históricos para las respectivas disciplinas». Calibrar el alcance de este razonamiento necesita algunas aclaraciones.

La Junta organizó nuestra investigación, a grandes rasgos, como sigue:

Los trabajos de Filología, Historia, Arqueología y Arte quedaron agrupados en el Centro de Estudios Históricos, constituido por R.D. de 18 de Marzo del 1910. Debería, pues, servir de cauce a cuanto se hiciera sobre historia patria en todos los ámbitos de la cultura. Aquellos pensionados en el extranjero que daban muestras de aptitud e interés obtenían a su regreso becas para participar en sus actividades, investigadoras o docentes, según sus preferencias. Se les quiso proporcionar, además, la posibilidad de continuar laborando; enviándoles de nuevo fuera del país como lectores o profesores, o concediéndoles material, libros y auxilios para viajes. Se utilizaban, así, los conocimientos adquiridos por los pensionados, se coordinaban las energías dispersas y se aprovechaban la experiencia y el saber de los mejores docentes españoles, predominando las actividades de seminario y laboratorio. Algunos profesores extranjeros acudieron a dar conferencias y cursillos en el Centro.

Por R.D. de 27 de Mayo del 1910, escasos meses después de crearse aquél organismo, nacía el Instituto Nacional de Ciencias, Agrupaba el Museo de Naturales -antes siempre fugitivo y errante, víctima propiciatoria de arbitrariedades administrativas- con sus laboratorios de Geología, Botánica y Zoología; y anejos marítimos en Santander y Baleares, más una estación alpina de Biología, cuya instalación se encomendó a la Junta. Transcurrido un tiempo se agregó al Museo una Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas. Quedaban también dentro de ese Instituto el Museo Antropológico y el Jardín Botánico. Con tal apiñamiento de organismos se pretendía favorecer el cultivo en España de las correspondientes disciplinas. en especial mediante publicaciones y trabajos de campo y laboratorio dirigidos por especialistas. Se pensaba formar así investigaciones; ofrecer a cuantos intentaran ampliar estudios en el extranjero posibilidades para una preparación adecuada; y a los pensionados darles ocasión, tras el retorno, de proseguir su labor y ponerla al servicio de la cultura patria.

La Junta sostuvo además el Instituto Cajal y varios laboratorios biológicos aislados (de Fisiología General, cerebral; de Histología, Bacteriología, Anatomía microscópica). Y estableció el Laboratorio Matemático; también el Instituto Nacional de Física y Química.

Todos estos organismos radicaban en Madrid. La actividad de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas se orientó en un sentido centralista

-el mismo que privaba en la universidad: la de Madrid era «la Central», única autorizada para otorgar el título de Doctor-, marginando sistemáticamente a quienes no eran de la capital. Hoy, con la debida perspectiva puede afirmarse que fué un criterio mezquino y estrecho; se consumaron exclusiones desprovistas de toda justificación.

Fuera de Madrid sólo creó la Misión Biológica de Galicia (Pontevedra). Tuvo una corta vida la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma.

Mayo de 1915: Huguet del Villar se considera con autoridad moral para hacer oír su voz en la Junta. Cree haber definido y deslindado la Geografía. Lo esgrime como argumento a favor de su petición. Para que ello pueda ser corroborado le envía a través del Presidente un ejemplar de su trabajo, donde concluye que la Geografía es ciencia de la localización en la superficie terrestre; que superficie terrestre, en sentido geográfico, es la zona de contacto entre la geohidrosfera y la atmósfera; que localización en Geografía es situación en conexión. Y a partir de estos conceptos establece divisiones en el campo geográfico.

Las razones de la necesidad de esa alta protección son en su sentir, mayores en Geografía que en otras ramas: carece la disciplina de estudios universitarios seriamente organizados, y la inferioridad de la investigación geográfica en España, por falta absoluta de medios materiales, es muy notoria.

La creación de ese Centro, análogamente a lo conseguido para diversos saberes, permitiría junto a más cosas, según Huguet, el constituir una biblioteca especializada, y mejorar nuestra cartografía. A fin de dar mayor fuerza a su demanda alude a las deficiencias de nuestra dotación cartográfica y a la lentitud con que se elabora el mapa 1:50.000. Se adelanta a un posible reparo, al advertir que si bien ya hay centros oficiales para los menesteres que cita, ello no justifica el sustraerlos a la libre investigación: la misma Junta ha creado un laboratorio de Geología, pese a existir el Instituto Geológico y Minero de España.

En el fondo, la misiva de Villar resulta muy propia de un entusiasta de la ciencia que desconfía de la actividad oficial y, al contrario, valora el factor personas; espera mucho del amor espontáneo -vocación- por el quehacer del intelecto.

Hace resaltar los efectos beneficiosos que podrías derivarse de cuanto propone, dado el carácter de disciplina puente entre las naturales y las humanas que posee la Geografía: en cierto modo ese Centro serviría de coronamiento al edificio hasta entonces levantado por la Junta; la actividad que desplegara enlazaría la de los organismos de Ciencias Naturales, y la del Centro de Estudios Históricos. Huguet del Villar piensa en un papel coordinador «en armónico beneficio de todos».

5. ¿POR QUE RECABAR EL APOYO DE BOLIVAR?

Si nuestro geógrafo le dirige a Bolívar copia de la carta remitida a Cajal con un ejemplar de su folleto, también elevado a la consideración de la Junta, es para obtener su apoyo.

En 1915 era ya una personalidad científica relevante. Pero le faltaba toda vinculación al mundo universitario. Y la Junta para Ampliación de Estudios estaba en manos de catedráticos de la Universidad madrileña. Se hacía menester recurrir a una figura

señera de la entonces Universidad Central y de la Junta, para que secundara su idea, tras conocerla. Con independencia de que su iniciativa no prosperó, debemos afirmar que la elección estuvo bien realizada.

¿Quién era Don Ignacio Bolívar Urrutia?. Resulta muy conocido: el decano de los naturalistas españoles; una de las personas con mayor influencia en la Universidad de su tiempo y en la Junta para Ampliación de Estudios. No olvidemos que las Ciencias Naturales constituyeron un ámbito de trabajo predilecto de bastantes estudiosos formados en la Institución Libre, y que esas disciplinas gozaron de una especial protección por la Junta.

Repasemos los rasgos más notorios de su biografía científica. Ignacio Bolívar nació en Madrid, el 9 de Noviembre del 1850. Cursó en la capital dos licenciaturas: derecho y ciencias naturales. Obtuvo mediante oposición (1875) una plaza de Ayudante en el Museo de Ciencias Naturales. Y en 1877 ganó su cátedra: Entomología, de la Universidad Central. Dedicado a la investigación -en particular, ortópteros y hemípteros- organizó la correspondiente sección del Museo de Ciencias Naturales madrileño. Pudo formar las colecciones entomológicas de ese Museo, y la universitaria; también contribuyó a revisar los fondos ortopterológicos de varios museos europeos (Lisboa, París, Oxford).

Su primera publicación importante es una *Sinopsis* de los ortópteros peninsulares (1876). En la década posterior elabora un gran trabajo sobre los artrópodos del Museo procedentes de la famosa expedición al Pacífico (1862-1865) realizada por un grupo de naturalistas españoles -entre ellos, el cartagenero Jiménez de la Espada-. Publica luego diversas monografías donde describe varios nuevos géneros. Sus investigaciones fueron recogidas (1912-1918) en los *Estudios Entomológicos* editados por la Junta.

Desde la cátedra y el Museo promovió Bolívar una renovación de nuestros saberes biológicos. Supo transmitir entusiasmo por la Biología a numerosísimas promociones de estudiantes. Algunos de ellos emprenderían fructífera labor lejos del maestro; otros formaron en su derredor un grupo dedicado principalmente a los animales inferiores que además iniciaría en España las indagaciones acerca de Genética. Durante mis años de estudiante (Ciencias Naturales) en Madrid pude aún ser alumno de uno de ellos; guardo de él excelente recuerdo. Me refiero al Dr. Antonio de Zulueta Escolano, profesor de Zoología.

Participó activamente Bolívar en las tareas de la Sociedad Española de Historia Natural. Miembro numerario de la Real Academia de Ciencias (1898), estuvo adscrito a muchas entidades dedicadas al estudio de la fauna entomológica. Poco antes de jubilarse en la cátedra (1929) se publicó en su honor un volumen con más de cien trabajos debidos a especialistas de muy variados países.

Vinculado ya desde joven a la Institución Libre, organizó el profesorado de Ciencias Naturales, Fisiología e Higiene y Agricultura en el Instituto-Escuela (creado por R.D. de 10 de Mayo de 1918, siendo Ministro de Instrucción Pública Santiago Alba Bonifaz); establecimiento de segunda enseñanza que, como se sabe, dependía de la Junta. Había sido proyectado como centro piloto y para formar profesores.

Como Consejero de Instrucción Pública y presidente de Sección en ese Consejo defendió las orientaciones pedagógicas de la Institución fundada por Francisco Giner, especialmente al intervenir en la reforma de los estudios de nuestras Facultades de Ciencias hecha a comienzos del siglo.

Bolívar ocupó otros cargos; decano de la Facultad, director del Museo de Ciencias Naturales...; era, en suma, uno de los hombres con los que debía contarse para sacar adelante cualquier iniciativa en la Junta. No puede sorprender que Huguet, naturalista y geógrafo, pero ajeno a aquella y a la Universidad, buscara ese poderoso apoyo. Su aquiescencia importaba.

Pese a su avanzada edad, Bolívar se exilió con motivo de la guerra civil. Moriría en Méjico el año 1944. Le recuerdo claramente, en su respetable ancianidad, hacia los tiempos anteriores a 1936.

6. ¿FUE OBJETO ESTA SUGERENCIA DE LA ATENCION DE LA JUNTA?.

Carecemos por ahora de noticias sobre si la propuesta de Huguet fue examinada por la Junta. Cabe imaginar que sería muy consciente de las dificultades que su proyecto entrañaba. ¿Recurrió también, de igual manera, a otros personajes influyentes? No podemos dar respuesta a la pregunta, pero resulta posible que lo hiciera.

El solicitante no era catedrático, y la creación en la Junta de sucesivos centros se debía siempre al impulso de catedráticos de Madrid que unían a su enseñanza más o menos prestigiosa un quehacer investigador de cierto vuelo. Bastará con citar algún ejemplo: el Laboratorio Matemático. Todo se debió -fundación, desarrollo- a catedráticos de la Universidad madrileña. Creado por la Junta en 1914, es decir, un año antes de la propuesta de nuestro geógrafo, lo fue *precisamente* para abrir cauce al resurgimiento matemático provocado entonces en España por un catedrático de la Central, Julio Rey Pastor. Ausente este en Argentina, asume la dirección del centro, instalado en modesto piso de la calle de Santa Teresa, otro catedrático de aquella Universidad: José G. Alvarez Ude. Y muy pronto, en 1918 se incorpora al mismo José María Plans y Freyre, que siendo catedrático de Mecánica Racional en Zaragoza acaba de obtener por nueva oposición la plaza de Mecánica Celeste dotada en la Central.

En resumen: Huguet debió sopesar la conveniencia y la posibilidad de sostener su petición en favor de la Geografía con el aval de algún prestigioso catedrático de Ciencias Naturales de la Universidad madrileña. Ya advertimos que la persona no pudo estar mejor escogida. Sin embargo, el navío no llegó a puerto.

Pudieron acontecer muchas cosas: que se plantearan las consabidas dificultades económicas; tal vez se argumentó que la sección geológica del Museo, adscrito a la Junta, estaba en condiciones de apoyar trabajos de Geografía Física realizados por naturalistas y que de hecho lo hacía, como ocurrió con las investigaciones sobre morfología glaciaria debidas a Obermaier y sus discípulos; también cabe se esgrimiera en contra la existencia misma de la Real Sociedad Geográfica, con su prestigioso Boletín, por aquél entonces, y desde hacía mucho, verdadero fermento de los estudios geográficos en España; pudo además razonarse que los trabajos concernientes a Geografía Histórica e Historia de la Geografía encontrarían un buen acomodo en el Centro de Estudios Históricos...

Para concluir: el proyecto de Huguet, pese a su lógica y coherencia, si llegó a estudiarse sería considerado o irrealizable, o escasamente práctico. Así, nuestra primera entidad oficial destinada a promover cometidos geográficos, el «Instituto Juan Sebastián Elcano», surge dentro del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, heredero de la Junta, creado por Ley de 24 de Noviembre del 1939. Este Instituto procedió inmediatamente a editar la revista *Estudios Geográficos*, cuyo primer número lleva fecha de 1940. Emilio Huguet del Villar está ausente de España. La Cámara Agrícola de Rabat le ha encargado dirigir la confección del mapa edafológico del Garb, y reside en Marruecos. Sin embargo mantiene contacto con su patria. El «Instituto de Estudios Africanos», dependiente del Consejo, le publica en sus *Archivos* (Madrid, Agosto de 1949), *Estado de la Edafología en la zona Española de Marruecos y Tánger*, y su monografía titulada *Tipos de suelos de especial interés del NO de Marruecos* (Madrid, 1949). Da a la imprenta también otros trabajos en España. Desde Rabat mantiene relaciones con el C.S.I.C. Aprovechando una estancia entre nosotros pronunció en ese organismo dos conferencias sobre los suelos marroquíes. Fallece en Rabat el 25 de Enero del año 1951.